

LA NARRATIVA, COMO MUCHOS OTROS géneros de la literatura mexicana y del arte, basa su potencia en la idea de que es necesario nombrar la realidad del lugar en que se vive mencionando no sólo la región geográfica sino las modificaciones que ésta ha tenido desde que se observó por última vez. En este sentido, el lugar de donde suelen salir las historias se halla en la relación que priva entre la imaginación y el recuerdo. Borges decía que los únicos paraísos que existen son los perdidos, y creía que esa idea de paraíso no conciliaba con la idea de paz y tranquilidad con la que solemos relacionarlo cuando nos encontramos frente a esa palabra. Por el contrario, se refería al momento en que cuerpo y mente se disocian del tiempo y adquirimos la cualidad de comprender por qué las cosas desaparecen de nosotros, se alejan, cuando descubrimos que el dolor existe y que la única manera de hacerlo mínimamente tolerable es poniendo a trabajar la memoria para que recree aquellos instantes de plena y absoluta felicidad. La infancia sería, en esos términos, el paraíso perdido y al que deseamos regresar.

No pocas son las novelas que en los últimos años intentan mostrar la situación que vive el país. ¿Pero acaso la realidad que se vive en México no es la misma que se vive en el mundo: conflictos provocados por el narcotráfico, asesinatos de mujeres, pobreza en las ciudades y profundas y grandes desigualdades? La narrativa en México intenta contar historias cargadas de una profunda materia social, en ocasiones para elaborar algún tipo de denuncia o hacer visibles las grandes brechas que existen entre las personas, provocadas, claro, por la falta de oportunidades y otras tantas, con la intención de hacer una apología y provocar así una especie de comunión con el lector.

Pero ¿cómo hacer que la narrativa que se desarrolla en el país deje de ser ese monstruo que se repite a sí mismo y se come su propia cola? Supongo que mediante lo mismo que se hace con la poesía, con el ensayo, con la pintura. Se particularizan los argumentos hasta tal punto en que se vuelven universales y no necesitan apoyos fijos para que el lector pueda asirlos.



Dalí Corona

Desterrados somos
y en el camino andamos

La trascendencia de una obra radica en su universalidad. Y la universalidad se compone de particularidades. En la medida en que se particulariza el argumento, en que éste es cada vez más cercano y cotidiano, puede ser entendido en distintas latitudes. Da lo mismo que sea un vagabundo en Ciudad Juárez, un albañil de Xochimilco o un sicario en Michoacán. La ciudad se convierte en argumento, en una idea que sirve para contar historias y no para otorgar plusvalía al texto.

El caso de Eduardo Antonio Parra (León, Guanajuato, 1965) es significativo. Desde la aparición del volumen de cuentos *El río, el pozo y otras fronteras* (2005), su trabajo se ha ido enquistando en el gusto de los lectores. ¿Pero qué hace que este autor con sus temáticas “rurales” haya logrado lo que pocos, poquísimos autores en el país? La respuesta la encuentro dentro de sus relatos. Su manera de narrar hace que uno no se involucre, que no comprenda, sino que genere una especie de comunión con alguno de sus personajes. Esto ocurre sólo después de que la atmósfera creada ha sido lo suficientemente sólida y los personajes han sido definidos de una manera completamente humana. Son hombres y mujeres con historia, con un sinnúmero de contradicciones que facilitan nuestra aceptación y que nos maravillan.

Desterrados es un libro compuesto por quince cuentos, cada uno distinto al otro pero que juntos dan forma a un cuerpo sólido. Lo que une a sus personajes es justo su condición de seres marginados, de personas colocadas por el destino en los lindes del mundo y, por qué no, la inconformidad de su vida frente al progreso que los ha olvidado. La creación de cada personaje da muestra de la profunda preocupación de Parra por indagar en la condición humana, sus límites, sus fronteras, sus orillas interiores.

Los cuentos “La costurera”, “El caminante” y “Paréntesis” son ejemplos de esas búsquedas, de esa

inquietud por dar cuenta de la complejidad humana en cada personaje. Quizá el único cuento que renuncia, en parte, a esa otra manera de narrar de Eduardo Antonio Parra sea “Un diente en el asfalto”, cuento que se sitúa en la ciudad de México y que coloca a uno de sus personajes fuera del norte del país. Digo en parte porque si bien se desarrolla en el metro y existen otros vínculos con la ciudad, el personaje principal viene allende las fronteras.

Acostumbrados sus lectores a encontrar atmósferas áridas y desoladas donde los personajes buscan afanosamente un reducto para su esperanza, Parra traslada esta imagen al metro de la ciudad, donde, no hace falta decirlo, se pueden hallar los más distintos fenotipos, geografías y estereotipos de la urbe y sus alrededores.

¿Pero quiénes son los desterrados, qué significa el destierro, cómo y cuándo sabemos que hemos sido separados, exiliados? Sin duda esa es una respuesta que sólo nosotros, en la intimidad de nuestros pensamientos, podemos responder, porque el destierro no sólo se refiere a nuestro alejamiento geográfico, ya sea por la violencia o por el abrumador paso de la modernidad y del progreso, sino también de nuestra autoseparación, de nuestro exilio interior. De ese instante en que dejamos al descubierto nuestro cuerpo y nuestra alma y descubrimos que somos vulnerables.

Desterrados de Eduardo Antonio Parra es un libro potente, que encierra cierta magia en cada uno de sus cuentos, es un seductor de sombras que nos hace mirar no hacia otro lado, sino hacia el mismo lugar pero con ojos diferentes. Es un libro cosido con el fino hilo que el mundo otorga a quien sabe observar. Un libro de cuentos en el que se entrelazan, gracias al argumento de la marginación, gracias esa manera profunda y desgarradora de saber contar historias, la vida, el amor y la desgracia. ■

Eduardo Antonio Parra
Desterrados
México, Ediciones Era / UANL / UAS
2013, 157 pp.

